

Desglobalización

Fernando Mora¹

La era de los cierres, los derechos de aduana y las subvenciones estatales es consecuencia de la nueva situación política y de seguridad, y ello no augura nada bueno ni para el crecimiento ni para la transición ecológica.

La época de la globalización feliz, que se suponía iba a garantizar la paz mundial, ha llegado a su fin. La globalización ha sacado de la pobreza extrema a cientos de millones de personas en todo el mundo. Ha proporcionado a los países ricos una extraordinaria variedad de productos a precios atractivos. Ha hecho que personas de todo el mundo trabajen juntas, a menudo en empresas multinacionales.

Pero lo cierto es que la globalización nunca ha sido del todo feliz, porque en los países ricos millones de personas han perdido su empleo y los salarios de otros millones se han estancado. Tampoco ha sido nunca verdaderamente honesta. Las multinacionales han adquirido poderes monopolísticos, a menudo protegidos por sus países de origen. En el centro de esta transformación, China no ha respetado las reglas del juego, ni siquiera tras su admisión en la OMC: ha robado tecnologías de punta, mediante el espionaje o forzando a las empresas a divulgar sus secretos para tener derecho a operar en un mercado en crecimiento exponencial. Luego, como los demás, ha utilizado su poder económico para desarrollar su poder político, que se ha vuelto agresivo bajo Xi Jinping. Su «amistad ilimitada» con Putin es motivo de preocupación.

Hoy en día, las consideraciones políticas y de seguridad pasan a un segundo plano frente a las económicas. Entre el Presidente Biden y su rival, Donald Trump, se trata de ver quién puede ser más antichino. La imposición de aranceles del 100% a los carros eléctricos es un buen ejemplo. Desde hace unos diez años, China subvenciona generosamente los productos ecológicos. Gracias a ello, se han creado decenas de empresas que se han puesto a la cabeza de la tecnología. Ahora producen más carros eléctricos de los que el mundo puede absorber. Aún subvencionadas, pueden vender sus productos a precios indudablemente inferiores a sus costes de producción. El resultado es que se ahoga la competencia. ¿Cómo podemos responder a lo que llamamos competencia depredadora?

Una solución es no hacer nada. Los consumidores occidentales pueden comprar autos baratos subvencionados por los contribuyentes chinos. Estas subvenciones también aceleran la transición ecológica. Pero este no es el enfoque elegido por Estados Unidos, que teme la desaparición de su industria automovilística. Ha elegido el otro enfoque, el de los derechos de aduana, destinado a restablecer la competencia, en detrimento de los consumidores y de la transición ecológica, pero en beneficio de los asalariados del

¹ Analista global. Ha trabajado en cuatro continentes. www.hrightsco.ch I www.deleyattorneys.org

automóvil. Entre medias, los europeos se disponen a seguir a los estadounidenses en la protección de sus industrias.

Pero no es tan sencillo. En primer lugar, estas medidas permiten a terceros países aprovecharse de los bajos precios chinos, barriendo mercados ocupados en gran medida por Occidente y Japón. En segundo lugar, los productores chinos están creando unidades de producción en terceros países como México, Vietnam y Marruecos, lo que permite que las subvenciones lleguen a los clientes de Estados Unidos y Europa por la puerta de atrás. El riesgo es que los derechos de aduana se extiendan a otros países, desentrañando aún más la globalización. Las guerras comerciales son contagiosas.

Nadie gana este juego. La globalización se ha desarrollado porque los ganadores cosechan muchos más beneficios que los perdedores, y porque la competencia es el mejor acicate para mejorar la producción y la innovación. Para que la globalización sea un éxito, los perdedores deben ser compensados y todos deben participar en el juego. Los perdedores sólo han sido compensados parcialmente, por ejemplo con subsidios de desempleo, pero están amargados y lo hacen saber con sus votos. Para garantizar el respeto de las reglas del juego, se creó la OMC, pero respondió con demasiada lentitud y ahora se ha desmantelado en gran medida.

Lo que es seguro es que la desglobalización sólo puede ser desafortunada. Reducirá el crecimiento mundial y complicará la transición ecológica, al tiempo que exacerbará las tensiones políticas.

Frente a esta situación, la política económica de Gustavo Petro sigue siendo la de ahogar al máximo las industrias colombianas, sostener a China² y a Rusia sin exigirles nada a cambio para el país. Claudia López sí le exigió a China, pero según las denuncias, para ella y su esposa. La desglobalización es también una retórica de muchos gobiernos de izquierda y extrema izquierda.

Es por ello que en la COP 28 y en Davos, Gustavo Petro y su ministra de Medio Ambiente insistieron en que Colombia había decidido voluntariamente parar la exploración y explotación de sus recursos naturales³. Sin embargo, tanto Petro como su ministra no han mostrado al país ni a la comunidad internacional los resultados de los referendums o iniciativas en los cuales Colombia tomó las decisiones antes mencionadas.

² Tanto Gustavo Petro como Claudia López sacaron su gente a marchar “contra la invención del COVID-19”; FECODE siguió y apoyó esas marchas.

³ Todo lo contrario, la exploración y la explotación han aumentado según el ministro de minas y energía.